

La montaña de cuarzo

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

Un destello recorta el horizonte lejano:
la promesa de un faro que invita con su luz
atrae, cual a insectos desprevenidos,
los pies, adoloridos por la marcha,
de caminantes secos y perdidos.

Al término de esta hostil escarpa,
se yergue, con el resplandor de una estrella,
la imponente montaña de cuarzo,
una esperanza que se torna en ilusión,
colorida irisación que se troca en espejismo,
la realidad que alumbra con rabioso desencanto
cuando se contempla la lejana cumbre
desde la cristalina, empero desafiante falda.

Los corazones más determinados se arropan,
para engañar a la desesperación,
con valor hecho jirones
e inician el doloroso ascenso
no de un Sinaí,
sino de este, nada amigable, Monte Carmelo.

Muchos hilos rojos fluyen, insoportable suplicio,
de manos y pies atrapados en desigual batalla
por un asidero,
contra el cristal de piedra,
y tejen erráticos patrones de ofrenda;
quienes suben derraman

una vana libación que, en la distancia,
nómadas cansados perciben como guiños escarlata.

Los que alcanzan la cumbre, exangües,
rodean la roca lacerante
e inician un descenso quedo;
no son caudillos iracundos bajando
hacia un becerro y una multitud descarriada
sino asemejan más bien profetas
con resignación amarga
que se adentran en un mar oscuro
de hierba chamuscada,
donde la negación, un enorme pez,
engulle implacable la última luz del alma.